

ZOÉ VALDÉS

La cazadora de astros



DEBOLSILLO

Índice

Cubierta

Portadilla

Agradecimientos

Una entrevista inédita

La cazadora de astros

La catadora de océanos

Bibliografía consultada

Créditos

Acerca de Random House Mondadori

Notas

*A Roberto García York, in memóriam, y a Leonora Carrington, por la
pintura de ambos. A Ramón y Enaida Unzueta, Tania y Samir Assaf, y
Regina Maestri, por su amistad*

Pintar lentamente las rápidas apariciones...

No pintó el tiempo sino los instantes en que el tiempo reposa...

OCTAVIO PAZ, *Apariciones y desapariciones de Remedios Varo*, Nueva
Delhi, 1965

Agradecimientos

Gracias a Janet A. Kaplan, Lourdes Andrade, Beatriz Varo, Walter Gruen, Isabel Castells, aun sin conocerlos personalmente, porque son los autores de los libros y catálogo razonado sobre la artista Remedios Varo que he consultado con más frecuencia, así como a otros autores, que citaré al final de la novela. Las cartas que aparecen en este libro corresponden a los originales escritos por sus autores.

Gracias a mi agente literario Anne-Marie Vallat, a la librería mexicana Gandhi y a la librería La Central de Barcelona. También a mis editores en Plaza & Janés David Trías, Nuria Tey y Riccardo Cavallero. Con cariño, a mi amigo Julio Oller, por sus sabios consejos. A los pintores Jesús Selgas, José Franco, Gustavo Acosta, que con su pintura me inspiraron. A Gustavo Valdés, crítico certero. A Juan Abreu y Marta, por sus emanaciones. Y cómo olvidar a mis amigas mexicanas Dolores Ochoa y Sofía Mendoza Palomar, quienes con tanta amabilidad me enviaron, desde México, información sobre la pintora catalana.

Una entrevista inédita*

P. *¿Era usted surrealista antes de llegar a México?*

R. Sí.

¿Hay algo en el ambiente mexicano que tiende a estimular esta forma particular de arte?

Creo que pintaría de la misma forma en cualquier lugar del mundo, puesto que proviene de una manera particular de sentir.

¿De dónde vienen sus ideas? ¿Cómo llega usted al tema específico de cada cuadro?

De la misma manera que toman cuerpo otras ideas: de sugerencias, por asociaciones, de ideas, etcétera.

Cuando empieza un cuadro, ¿ya ha decidido usted qué forma va a tomar o es un proceso espontáneo en el que el tema se desarrolla automáticamente?

Sí, lo visualizo antes de comenzar a pintar y trato de ajustarlo a la imagen que me he formado.

¿Piensa usted que el surrealismo esté declinando?

No creo que pueda declinar en su esencia, ya que es un sentimiento inherente al hombre.

¿Es una forma de arte que tiene demanda general o es principalmente para coleccionistas?

Por el crecido número de obras dedicadas a esta forma de arte y por la cantidad de reproducciones que se editan, creo que es de interés general.

¿En qué piensa usted que el surrealismo ha contribuido al arte general?

En la misma medida que el psicoanálisis ha contribuido a explorar el subconsciente.

Favor de dar un resumen de su carrera. ¿Dónde nació?

Anglès. Gerona. (España.)

¿Dónde estudió arte?

En la Escuela de Bellas Artes de Madrid.

¿Cuándo empezó a interesarse en el surrealismo?

Tomé contacto con el grupo surrealista en 1937.

¿Es usted escritora así como pintora?

A veces escribo como si trazase un boceto.

¿Hay algunos contactos particulares o eventos que hayan influenciado su estilo de pintar?

Conscientemente, no. Sin embargo, no cabe duda que personas o acontecimientos han influido sobre mi modo de pintar de una forma no deliberada.

La cazadora de astros

Llegué aquí porque ansiaba contemplar el mar, este mar y no otro, un mar distinto; me habían hablado tanto de él... pero este mar es demasiado azul para mi gusto, de una intensidad suprema, y por eso apabullante, hiere las pupilas de sólo mirarlo, atemoriza de sólo palparlo. Sin embargo, la arena es fina y blanca; hundo mis dedos en la orilla caliente y presiento una sensación extraña, como si ya hubiera repetido esta acción en una época pasada, y recordara que estuve aquí hace muchos años, cuando en realidad es la primera vez que visito este lugar.

Acostada en la arena me adormilo, sueño con otros mares, con el de Santo Domingo, color verde esmeralda, plateado en invierno, igual que el de Cuba, y con el de Saint-Malo, en la Côte Émeraude —de ahí su nombre— en Francia. Con la obsesión de recobrar el olor, el sabor, la presencia indescriptible del mar cubano, he varado mi cuerpo a orillas de otras playas, me he sumergido en las profundidades de otros océanos, con la ansiedad de hallar la temperatura del oleaje que meció mi infancia, mi adolescencia, en la vastedad azul de Cojímar.

Yo soy una buscadora de mares, sonrío para mis adentros, y éste es el mayor del mundo, el océano Pacífico, que no lo es tanto (tan pacífico, quiero decir), debido a sus continuas tempestades. Es un mar hermoso, que cuenta algo, un mar narrativo, aunque espeso, hermético; de todas maneras valió la pena viajar desde París hasta Acapulco. Acabo de terminar un ensayo demasiado extenso y extenuante sobre la risa, y en verdad no lo he terminado tan divertida

como calculaba. Entonces tomé un billete con la intención de encontrarme con quien más me hace reír en la vida, mi amigo Ramón Unzueta.

Y aquí estoy, frente a este mar aparentemente en calma, adornado en la orilla con rizos espumosos, plateados.

Descubro que no muy lejos se halla otra persona. Es una mujer. En la playa estamos sólo ella y yo. Es normal, son las seis de la mañana, apenas amanece. ¿A quién se le ocurriría pasear a estas horas? Por lo visto a ella y a mí. Yo no podía dormir, y he caminado durante horas con la intención de despejar mi mente, para buscar el origen de mi desvelo, aquí, a orillas del rumor del oleaje... y nada, nada nuevo, me he dado cuenta de que no consigo pegar ojo porque necesito regresar a París y ponerme de inmediato a escribir. Ansío sumergirme de nuevo en un trabajo diferente, en la escritura de algo verdaderamente distinto de lo que hice hasta ahora. Convivir con las dudas no facilita las cosas en materia de evolución hacia los recuerdos.

La mujer, de súbito, se detiene, pues hasta hace un rato daba nerviosos paseítos de un lado a otro, pisaba caracoles diminutos. Agarra los tirantes de su vestido escotado, que le desnudan los hombros, la espalda y el pecho hasta el entreseno. Es una mujer menuda, de senos pequeños. Ahora baila suavemente, tararea una canción que apenas consigo oír, la brisa —que no es muy fuerte— desvía y deslía sus palabras, creo que es una canción en francés: «*et le vent du nord...*». Su pelo rojizo sirve de túnica a la piel translúcida, luminosa. Ella sonrío y observa el trazo de sus pies descalzos en la arena. La resaca de una ola emborriona las huellas.

Pareciera que la mujer vuela, su rostro es afilado como el de un pájaro. Se aproxima hacia mí, consulto mi reloj de

pulsera; pienso que terminará por preguntarme la hora, pero sencillamente no sucede así. Se agacha a mi vera, quedamos frente a frente, porque yo me inclino; coloca sus manos encima de las mías, entierra mis manos en la arena mojada.

—Eres una catadora de océanos. Yo soy una cazadora de astros —murmura.

Sus pupilas relampaguean vivaces.

París, 14 de julio de 1986

Serían las ocho, terminamos temprano de cenar, en este caso él, porque yo no había probado bocado. Mi marido paró de engullir un trozo de pan mojado en la salsa que había quedado en su plato y además devoró mis sobras. Con una arcada disimulada, recogí su plato y el mío de la mesa y me dispuse a fregar la vajilla, en silencio.

—La cena te quedó malísima —me criticó ÉL, el Gran Intelectual que era mi esposo, mi dueño, mi patrón.

—¿Qué querías que hiciera con una lata de judías, dos huevos y arroz de hace una semana? —Suspiré.

—Además, ni suficiente pan pusiste. Si no te dedicaras a leer y a escribir la mierda de poesía que escribes, no te olvidarías de comprar bastante pan.

—No, no me olvidé. La *baguette* que compré esta tarde te la zampaste entera tú solo, ¿o es que para eso no tienes memoria?

—Cállate, aquí el que manda soy yo —se burló—. Yo soy el rey de la prosa, el intelectual de esta casa, no te atrevas a escribir nada más... Ya te lo advertí que no te hicieras la intelectual.

—Cuando me conociste yo ya escribía.

—Escribías, escribías —frió un huevo en saliva—, ¿a cuatro poemas miserables le llamas tú escribir?

Lo dejé por incorregible, me sequé las manos con el de-

lantal, me lo quité, y me acomodé en el sofá color gris rata, encendí el televisor con la telecomando.

—Hubieras comprado dos *baguettes* —ironizó.

—¿Con qué dinero? Me diste el menudo justo para comprar una *baguette*.

—No soy millonario. Soy un pobre escritor cuyo salario, que recibo de la UNESCO, no me alcanza ni para comprar los libros que necesito para cultivarme. Ah, y apaga la televisión, ese aparato odioso me inhibe, impide que pueda concentrarme en mis reflexiones. —El aparato odioso él lo veía a escondidas, como cualquier adicto, enganchado a los peores programas.

Otra vez la hora del violín, la de los cabezazos contra el muro de los lamentos. Apagué la tele, no estaba para atiborrarme las orejas con su mierda. Me dirigí al cuarto de dormir; quería terminar de leer *El Mago* de John Fowles.

Detrás, sigiloso, me siguió él, los colmillos verdes y babosos. Al descubrirme con el libro en la mano montó en cólera, no había nada que le diera más rabia que verme leyendo o escribiendo arrinconada en la mesita de noche. Empezó a gritarme improperios, sumamente airado, fuera de sí. Como de costumbre me cubrí el rostro con el antebrazo, sabía que un acto que comenzaba de ese modo terminaba desdichadamente a escupitajos contra mi cabeza, a puñetazos contra mi cara, preferiblemente en los ojos, a patadas en el bajo vientre, y conmigo, que sangraba arrebujaada en la alfombra, inconsciente. O encerrada en el baño durante una semana a pan y agua, como castigo.

Pero esta vez me rpió el vestido en el cuerpo, me arrastró por el pelo hasta el inodoro. Golpeó con mi cabeza fuertemente contra la taza; no perdí el conocimiento ni los

dientes de milagro, pero me partió la ceja. La sangre cegó mi ojo derecho. No cuento esto para hacerme la víctima, aunque era realmente una víctima, pero cuando una lo es siente una vergüenza enorme de serlo; es la razón por la que nos llamamos, por la que una desea sólo morir.

Después, como a un monigote, me condujo a empellones hacia el cuarto, me lanzó en la cama, se abrió la portañuela, sacó su picha pringosa de sebingo y me violó. No sentí nada, ni siquiera dolor. De todos modos, en los últimos años, no había casi nunca tenido orgasmos con él, la mayoría de las veces todo se reducía a continuas violaciones, digamos que más o menos consentidas. No era la primera vez que me violaban, no sólo físicamente. Culminó gozoso, guardó su sexo, subió la cremallera de la bragueta y se rió burlón buscándome la mirada. No se la rehuí; por el contrario, la fijé muy hondo con mis pupilas rabiosas.

Me erguí trabajosamente de la cama, tomé una aspirina y enseguida me duché. Puse una curita en la herida de la ceja, pero no bastó, no paraba de sangrar. En el botiquín sólo encontré la aspirina y esa tirita que no sirvió de gran cosa. Taponé el hueco con azúcar y un esparadrapo que no era ni eso, se trataba de una cinta adhesiva, gruesa y gomosa para sellar paquetes de correo, con la palabra «*fragile*» escrita encima. Me miré en el espejo, lucía horrible, pero a falta de un vendaje adecuado, no tuve otra solución.

Me vestí, recogí mi bolso y di un tirón a la puerta detrás de mí.

—¿Adónde carajo crees que vas? —voceó irritado.

—¡A ver los fuegos artificiales, a la Torre Eiffel! —Mi voz sonó entrecortada, iba llorando. No sé por qué lloraba, porque ya no me apenaba casi nada de lo que sucedía.

Creo que lloraba por inercia. Me sequé las lágrimas con un gesto airado.

Las macetas con los geranios que yo había sembrado el día anterior volaron desde el sexto piso hacia el medio del patio interior. Me las lanzaba a la cabeza; de este modo tan espectacular se vengaba de mi fuga. Seguí de largo.

En Saint-Dominique, la calle cortada en dos por la lejana presencia de la Torre Eiffel, no había un alma. La gente se amontonaba en los bajos de la torre, aún el sol jugueteaba con los reflejos de los adornos en las vitrinas acristaladas. Miré el reloj: 21.30.

Eché una moneda en la ranura del teléfono instalado en la cabina que quedaba junto a la fuente que da al metro de La Tour Maubourg.

—Hola, soy yo.

—Esperaba ansioso tu llamada, mi vida.

—¿Puedes verme?

—Por supuesto, te necesito. Además, tú sabes que siempre puedo verte.

—No, siempre no. ¿Dónde?

—¿Aquí, en casa?

—Preferiría que nos encontráramos cerca de la mía, bajo la torre, así no me demoro para regresar.

—Te noto rara. ¿Pelearon de nuevo?

Empecé a llorar otra vez, apenas podía hablar. Me odié, estaba convirtiéndome en La mujer que llora, *La femme qui pleure*, como en los retratos con los que Picasso humillaba a Dora Maar.

—Voy enseguida. Nos vemos dentro de media hora en el carrusel.

Colgué el auricular, caminé como una autómatas, pasé por

delante de la casa donde vivió Antoine de Saint-Exupéry; me consolaba leer la placa que recordaba que ahí había vivido el autor de *El principito*. Atravesé los Campos de Marte, esperé en el sitio acordado. Se demoró más de lo previsto, una hora y cuarto. Mi principito, mi amante, el hombre al que yo creía que podía contarle todo, mi caballero salvador, el que yo esperaba que vendría en un santiamén, llegaba con retraso.

Abrió la portezuela del automóvil sin bajarse, para que yo entrara. Noté que había bebido, se le desviaba el ojo izquierdo hacia fuera. Entré y él condujo el auto lentamente.

Repitió mil veces la misma excusa, la tardanza se debía al embotellamiento que había a esa hora en los muelles.

Aparcó en una calle aledaña a los Campos de Marte.

—¿Qué te pasó en la ceja?

—Nada, tropecé y me caí contra el televisor.

—Rara caída, te has dado un tremendo mameyazo en el ojo, se te está hinchando.

Desvié la cabeza, lloré bajito, miré la acera a través de la ventanilla. Él tomó mi mentón y acercó su rostro al mío.

—No intentes esconderme lo que es tan evidente. Te pegó de nuevo. ¿Cuándo acabarás de decidirte a romper con él?

—No puedo dejarlo. Está loco. Se matará. Me aseguró que se matará si lo deajo.

—Ése no le tira ni un hollejo a un chino, es un cobarde, así que lo de matarse que se lo cuente a otro.

—¿Has bebido? —Detestaba que bebiera, detesto a los borrachos.

Asintió.

—Pasó una amiga mexicana por la casa y nos tomamos